

EL CESANTE á nadie engaña,
Que es persona conocida;
Quien quiera informarse pida
Informes en toda España.

MADRID.	
	Rs.
Un mes.....	4
Trimestre.....	8
Año.....	28



Para una reclamacion,
No estará de más que advierta
Podeis hacerla en la puerta
Del Sol dentro del pilon.

PROVINCIAS	
	Rs.
Un mes.....	6
Trimestre.....	12
Año.....	36

NÚMERO SUELTO

¡Un perro grande!

TIRADA:

TANTOS COMO CESANTES.

Sé mucho; mas no sé si
Viviré sano y contento;
Si no lo logro, lo siento!
(No por vosotros, por mí.)

NÚMEROS ATRASADOS

¡Cinco perritos!

CESANTES:

TANTOS COMO TIRADA.

La cuestion más palpitante
No es ya la cuestion de atrás:
Como tú comprenderás,
Para mí es vivir cesante.

SEMANARIO CÓMICO-SERIO É ILUSTRADO
ORGANILLO
(QUE PUDIERA SER)
DE TODOS LOS EMPLEADOS

EL CESANTE andará errante—por calles y librerías,—que tener casa un cesante—ya son muchas gollerías.

MADRID.

Habia mucha gente.
Yo estaba entre ella, pero no me dejaban entrar.
Y la verdad es que se me pasaban unas ganas de tra-

cerlo, que ni las de comer eran ya tan exageradas.
Me acordé que lle-
vaba una peseta falsa
Al fin era una pe-
seta.

Y con una peseta
podia entrar; es de-
cir, sin una peseta,
porque para entrar se
hacia preciso dejarla
en el despacho de bi-
lletes, y como no ten-
ia otra, claro es que
entraba sin ninguna.
Me acerqué á la ta-
quilla, y estirando el
brazo cuanto pude,
pedí un billete, pre-
sentando la moneda
por el lado ménos
amarillo; esto es, de
canto.

Y ¡oh placer! pasó.
Pasé.

El jardín estaba de-
licioso. El viento sus-
pirando amores al
traves de las hojas,
de los tallos, de las
ramas, de los troncos
de los árboles; los pa-
jarillos trinando (de
gusto, no de rabia)
sobre las copas, den-
tro de las copas y al-
rededor de las copas
de aquellos mismísi-
mos árboles; multi-
tud de variadas y ca-
prichosas flores, llo-
rando las unas esas
lágrimas que saltan á
la impresion del beso
con que las saludó la aurora; luciendo las otras esos
colores que el artista nunca podrá copiar con perfeccion;
meaciéndose todas á compas de los aires (porque eran
dos: el de la misma naturaleza y el de una música; digo
eran tres, porque la música tocaba un aire nacional),
bajo aquel cielo de hojas, sobre aquel piso de flores, me
paseaba yo, entre lo más elegante de la sociedad madrí-

leña, entre lo más distinguido y opulento de la coronada
villa.

Me habia desabrochado la levita; me habia arreglado
un poco el sombrero, y despues de meter las botas en un
arroyuelo que por allí pasaba, me sentí regenerado, re-
cordé mis buenos tiempos, aquellos en que cobraba los
catorce, aquellos en que tenia mi pypitre con llave y

pierdo el sentido, que era lo único que ya me quedaba.

Al rehacerme hube de bajar los ojos al suelo (por su-
puesto, sin desprenderlos de sus naturales órbitas), y
tropezó mi vista con un librito que me pareció un calen-
dario de perfumeria. Incliné un poco el cuerpo hacia el
suelo, saqué las manos de los bolsillos (digo, los bolsillos
de las manos; digo no, tampoco; los bolsillos de... ¡vaya!

no sé cómo decirlo;
pero ya comprende-
rán Vds. lo que quie-
ro expresar, de modo
que no parezca que
los bolsillos tienen
manos, ni que las ma-
nos tienen bolsillos),
y con los dedos de la
mano del brazo dere-
cho recogí el antedi-
cho librito; me lo llevé
hasta la mismísima
punta de la nariz de
la fisonomía del ro-
stro de la cara para
olerlo (como es natu-
ral) y no oí á nada
(es decir, no oí, que
yo no podia olerme á
mí mismo, y tampo-
co está bien, porque
quien olia era yo, no
el librito; es decir, yo
quise oler á lo que
oliese el librito, ó me-
jor, mi nariz olfateó
al libro).

Así que fijé en él mi
vista, comprendí lo
que era.

Trataba de la Ex-
posicion de plantas,
flores y aves.

Pegué un brinco
puramente nervioso
y me senté en un
banco.

Me puse á leerlo
(el libro, no el ban-
co). Cuando lo termi-
né estaba conmovi-

PARA SERVIR Á USTEDES.

Me ensimismé, como vulgarmente se
dice.

Tenia los ojos en blanco, la cabeza
apoyada sobre el pecho y el puigar me-
dido en la boca. La modestia á un lado; yo tengo un
talentazo deshecho, una imaginacion
viva como la de mi amigo Lustonó (ce-
sante tambien, pero algo más gordo
que mi insignificante personalidad; eso
que el pobre se contenta con un buñuelo
por semana, que no es mucho); poseo
un carácter de letra (y personal) no
despreciable, lo que se llama bueno;
estoy al tanto de todos los adelantos y
progresos referentes á mi carrera admi-
nistrativa, y por consiguiente sé (entre
otras muchas cosas) que ahora *Exce-
lensimo* se pone sin c, que tramvia se
escribe con n, y que hay destinos
de 4.000 reales con descuento de igual
cantidad, y quien dice de 4.000 dice de
50.000, que para el caso viene á ser lo
mismo (salvo error).

Mi fisonomía no es del todo agradable,
porque he enflaquecido de una manera
que da compasion; yo nunca fui gordo;
recuerdo que cuando estaba empleado
trabajaba como un negro, me pasaba el
día y la noche en la oficina, y ni una
vez falté á mi obligacion, por lo que in-
dudablemente me dejaron cesante.

Y, francamente, señores, esto es muy
triste; comprendo se deje cesante al
que no sirve por cualquier razon para
desempeñar su destino aunque no lo
tenga empuñado). ó al que bebe dema-
siada agua, ó gasta demasiado papel, ó
se lleva todos los dias un chirimbolo á
su casa (meas inclusive), ó al que
rompe la estera con el movimiento de
los pies, ó pide cigarrillos al vecino;
pero á mí, que poseo las leyes (incluso
la del embudo) á las mil maravillas,
que no recuerdo haber pedido un vaso
de agua, y si he tenido sed he ido hasta
el rincón de la mismísima tinaja; que
dejé la estera como cuando la pusieron,

pues he tenido siempre los pies en el
aire; y, en fin, que en veinte años de
empleo sólo recuerdo haberme lleva-
do á casa un gato muy hermoso, pro-
piedad de la oficina, al que he querido
mucho, y cuya piel consevo como
grato recuerdo que en cuanto al gato
me lo comi un día distraidamente y sin
darme cuenta de ello; vamos, señores,
no veo la razon de que me dejaron ce-
sante, no de que me comiera el gato).

La inmovilidad debiera ser un legíti-
mo derecho que pudiera adquirirse
desde el instante que nos llamamos
empleado; pero eso es una carrera
como otra cualquiera, y es muy triste
que despues de lo minado le den á uno
la de los Santos Jerónimo ó Francisco,
que para paseo lo mismo es una que
otra.

En fin, señores: yo tengo muchas
cosas metidas en mi cabeza y he pen-
sado salir á la vergüenza publica (aver-
gonzado, por supuesto), para abogar
por los intereses de mis ex-compañeros,
que son los míos propios, pues día lle-
gará en que se me coloque. Es de al-
vertir que tengo la cabeza á pajaros,
por lo que no deban Vds extrañar que
tan pronto ría como lloro, suspire como
suelto un par de carcajadas; yo soy
como la risa francesa, cómico-serio;
una manera de ser nueva (si se com-
para con mi levita que tiene ya doce
vueltas, y el primer dinero que tenga
va á ser para darla la trece).

Así, pues, caro lector, proteja á este
desdichado, y hará una obra de verda-
dera caridad no matando su última es-
peranza. Mira que ya no me queda más
que el viaducto, y la verdad, es una
lastima, cuando vosotros sois tantos y
sólo tocáis á perro grande por semana.
Venga por Dios ese perro aunque sea
de presa), y os deberá la vida vuestro
ex-compañero, seguro servidor y amigo
que os besa los diez dedos de las manos,

EL CESANTE.

todo, mi campanilla para llamar á los ordenanzas, y los
ordenanzas para venir cuando sonaba mi campanilla...
¡oh temporal! exclamé: ¡y me llevé la mano á la cam-
panilla del cuello de la garganta, temiendo ahogarme de
emocion!...

Un estremecimiento agitó todo mi ser; se me fué la
cabeza (es decir, me pareció que se iba), y si me desuido

¡Oh! ¡Proteger á los animales! ¡Proteger á las plantas!...

¡Oh! ¡Si, es muy justo, muy natural!
¿No se le cae á uno el alma al suelo viendo por esas
calles de Dios burros cargados, hechos unos verdaderos
borricos, como si hubieran nacido para bestias de carga?
¿Y qué diremos de esas pobres mulas que están todo el
santo día tirando de los carros, como si su mision fuera

esa? ¿Y los caballos? ¿Y los perros? Y, en fin, ¿los bueyes, vacas y demas animales? ¡Hacerlos trabajar!... ¡Qué iniquidad!... Se debe fijar toda la atención en librarlos de tamaño ti. unia; que coman, que paseen y que se diviertan; y á los que tengan condiciones, enseñarlos por lo ménos á leer y á hablar, ó á un oficio; porque, eso sí, la vagancia tampoco se puede consentir, toda vez que la ley del mundo es el trabajo, y por aquello de que *el que no trabaja no manduca*.

Verdad es que hay muchos *hombres* que no encuentran amparo y protección ninguna; que hay muchos desgraciados víctimas de la miseria, del hambre, de la fatalidad; pero proteger á esos infelices no tiene tanto mérito, por aquello de que *nunca parece tan grande el fuerte como cuando presta su apoyo al débil*; y como por lo visto el débil es el animal irracional, la Sociedad protectora hace muy bien en convertirse en *fuerte*, empezando por protegerse á sí misma, que no es poco.

Y miren Vds. lo que son las cosas; conozco quién se cambiaría gustoso por cualquier ave de las protegidas.

El mico, por ejemplo, que es el que más se parece al hombre. (Ya sé que no es ave, pero en la Exposición pasa por ave.)

La Sociedad protectora de los animales es digna de aplauso por todos conceptos; pero habiendo pobres, maestros de escuela, cesantes y toros...

¿Si será *Frascueto* de la Sociedad?

¿Y qué había en la Exposición?...

Mucha, mucha gente, que había pagado una peseta por pasear en aquel jardín.

Yo no ví otra cosa.

La Exposición ha sido de gente.

Cuando salimos escuché este diálogo en la puerta:

—¿Qué tal, Don?...

—Muy bien; ha habido buena entrada; hoy hemos sacado bastante.

Esto me hizo pensar:

La Sociedad protege á los animales y la gente protege á la Sociedad.

En cuanto á la Exposición de organillos, tambores, pitos, campanas y demas que han dado en llamar ferias, concluyó.

Se quemó la cuba, y... *consumatum est*.

Á LA PRENSA.

EL CESANTE la saluda suplicándola le acoja con su característica benevolencia, y vea en él un insignificante, pero verdadero amigo, que hace votos fervientes por la prosperidad de la misma, sintiendo no poder ofrecerla casa por no tener otra que la calle, en donde vive Dios sabe cómo.

EL DESCUENTO.

Todo el mundo conoce que el descuento, sobre todo en los pequeños sueldos, es el azote de multitud de familias que no cuentan con otro recurso que las cantidades remuneradoras del trabajo que al Estado prestan, y sólo con esta consideración es fuerza se despierte el interés por conseguir, si no la completa supresión, por lo ménos su aminoramiento.

Cuando una nación atraviesa circunstancias difíciles, deber es en sus hijos hasta el sacrificio por mejorar aquéllas, siendo incumbencia de los Gobiernos encontrar el modo y disponer lo conveniente para conseguirlo, entrañando íntimamente la más exagerada responsabilidad, sobre todo cuando las disposiciones afectan á colectividades numerosas, y á cosas sagradas y dignas de respetarse, como lo son, quizás las primeras en el expuesto grupo, las necesidades materiales estrictamente necesarias para el sostenimiento de la vida.

El descuento en los haberes que las clases activas y pasivas sufren, es una cesión voluntaria, aunque parezca forzosa, y no se ha escuchado una protesta en momentos críticos para el país, aceptándolo todos con el proverbial desinterés que caracteriza á la nación española. Pero mejoradas ya algún tanto las condiciones especiales por que atravesaba aquélla, la protesta germinó lentamente en los pensamientos todos, y creciendo así, llegó á asomar á los labios de la opinión, y desde entónces en todas horas, momentos y ocasiones, aumenta en vigor y fuerza, sólidamente apoyada en lo que se llama legítimo é indiscutible derecho.

Está probado hasta la evidencia que *querer es poder*, y en la presente ocasión más que nunca, una vez que no faltan medios para conseguirlo, si se tiene en cuenta los

múltiples y casi innecesarios gastos que por varios conceptos merman las arcas del Tesoro, sin aplicación justa mientras el descuento exista.

Como el asunto ha sido ya estudiado detenidamente, no habiendo sido pocas las proposiciones presentadas con el expresado objeto, entrañamos como única y exclusiva misión de este articulillo su recuerdo, aunque nos consta el interés en las altas personas á que incumbe la tan justa y deseada resolución.

Recordaremos, en primer lugar, el exagerado número de jubilaciones, retiros y cesantías, sin causa justa, en pleno goce de las facultades intelectuales y con la aptitud física necesaria para el desempeño del ya abandonado destino. Estos retiros, jubilaciones y cesantías, en su mayor parte dotados con el haber máximo, ó sea los 99, suponen una cantidad más que suficiente para cambiar las condiciones del descuento, si se tiene en cuenta que representan un doble sueldo para cada uno de aquellos destinos: uno el cobrado en concepto de jubilado, retirado ó cesante, y otro el devengado por el que lo desempeña desde aquella jubilación, retiro ó cesantía, bien sea éste, el más insignificante de ellos, por haber sólo ocasionado el ingreso de un nuevo empleado de la última categoría, si se dió la vacante al ascenso, lo cual no sucede siempre. Hacemos notar, además, pudieran rebajarse los gastos del material en las oficinas, lo que representa una cantidad más que digna de atención, si se tiene en cuenta lo excesivos que son en ciertos centros; y sobre todo que los artículos estrictamente imprescindibles no cuestan ni con mucho tanto como los de dudosa necesidad, y en estos últimos los hay verdaderamente innecesarios; y prometiendo ocuparnos detenidamente en asunto de tal importancia y trascendencia, hacemos constar los no pocos perjuicios que á determinadas clases sociales causa el disfrutar sueldos que sólo son nominales, y por la categoría y representación social que entrañan se rodean de exigencias difíciles de eludir, dada la posición oficial y el decoro que para representarla se merece, convirtiendo á éstas en ridículos y lastimosos sarcasmos que nunca se mereció el que ha consagrado su vida al servicio del Estado, y sobre todo en época tan triste como la actual, en que la empleomanía ha llegado á ser una nueva pasión, que en mucho perjudica á los probos, antiguos y rectos empleados del Gobierno, sin otro recurso para vivir que lo que, siendo una carrera, convierte la influencia en una gracia especial.

LOS MUERTOS.

(CUADROS DE COSTUMBRES.)

I

Angelitos al cielo.

—¡Qué desgraciado soy! Encuentro en mi existencia un vacío tan grande... ¡Pobre hijo mío! El era toda mi dicha, todo mi encanto! Cuando lo miraba fijos sus ojos en los míos, con la sonrisa en su diminuta boca, moviendo inquieto sus manecitas, ¡era tan dichoso, que mentira á veces me pareció felicidad tanta! Ser padre... tener un hijo... sólo ahora puedo comprender lo que esto vale... ¡pobrecito hijo de mi alma!

Hé aquí las frases de un padre al perder el fruto de sus amores; hé aquí el dolor más terrible, el desconsuelo más inmenso, la pena más honda y triste.

Cuantos le rodean respetan su aflicción; suelen decir: —Consúelese Vd.; Dios así lo quiso; despues de todo, *angelitos al cielo!*

¡Verdad! *Angelitos al cielo!* pero esta frase es un sarcasmo para el pensamiento de un padre; quizá también un egoísmo, pero al fin justificado, tanto como sus lágrimas, sus quejidos y su desesperación.

¡Pobres los que quedan!

¡Felices los que sin conocer las amarguras de la existencia humana, apenas abrieron sus ojos á la vida, los cerraron en brazos de la muerte, logrando otra más llena de verdad, más dulce, más tranquila!

¡Felices ellos!

†

Mirad. Es una anchurosa y ricamente decorada estancia; en su centro hay una cama imperial bajo cuyo elegante dosel se deja ver una preciosa caja de muerto; caja pequeña, diminuta, parece un juguete de una casa de muñecas.

Acercaos. Es plateada y ostenta á su alrededor molduras y adornos color de oro; en ella se reflejan temblonas las oscilantes luces que dan seis hachas tan amarillentas como el rostro de aquella criatura que se hunde en ella; acercaos más: reparad y notareis tanta dulzura en su cara como rigidez en sus miembros; tiene cerrados los ojos; comprimidos los labios, como si su último suspiro hubiera acabado entre una sonrisa; una diadema de flores corona su cristalina frente, y dos manitas frías como el mármol, y como la cera amarillas, destacan sobre el blanco hábito que aquel ángel viste, como la simiente de una flor de almendro entre los pétalos de su cáliz.

¡Es un niño muerto! un niño que tiene padre y madre, que hubiera heredado con su apellido un título ilustre, una fortuna inmensa: vedlo si no; reparad en aquellos

cuatro lacayos que velan su eterno sueño; mirad los negros lazos que aprisionan las mangas de sus libreas; notad en las coronas que adornan casi todos los ricos muebles que hay en la habitación... no hay duda, es el hijo de un título, el hijo de un rico, el hijo de un hombre tal vez lleno de envidiosos y de mezquinos aduladores. ¿Escuchais algo? ¡No oireis ni un gemido, ni un suspiro, ni un ay! Sólo el chirrido de la cera que arde, ó las tranquilas respiraciones de aquellos cuatro lacayos, en cuyo pensamiento crece la impaciencia por lo interminable que aquella noche les parece.

Es el nuevo día.

Aquella sala está literalmente llena de gente. Desde la alta aristocracia hasta la clase media ha acudido allí cuanto de ilustre ó poderoso encierra la población.

Y sin embargo, pocos son los que conocen al niño.

¿Cómo entónces, en todas aquellas caras, se refleja el dolor, la tristeza, la pena, y en muchas la agonía?

No es un secreto; todo el mundo la sabe; por eso creo inútil decirlo.

Ha pasado una hora.

Aquella caja se cierra por primera vez; es llevada al fúnebre carro que en la calle espera, y al poco se pone en marcha seguido de otros muchos.



—Ese pobre vergonzante
¿El qué se figuraría?
¡Vaya!...

El cortejo atraviesa lo más céntrico de la población. ¡Ah vanidad! Y en tanto allá en un gabinete llora el padre pérdida tan sensible, y en otro muy apartado de aquél, una doncella enjuga las desconsoladoras lágrimas en que se arrasan los ojos de la madre!

¡Aquel niño muerto vale más que la misma felicidad conyugal; vivo, hubiera valido aquélla tanto como él!

†

¿Quién había de dudar ni un momento?

Su madre, su pobre madre, que cerrara poco ántes sus ojos, lo abandonó pequeños instantes sobre la cunita en que respiró por última vez. Con febril agitación habilitó para estancia mortuoria la sala principal de la casa; hizo sacar el extrado, las sillas y consolas; ella misma dirigió la colocación de la cama imperial, y áun encendió alguna de las hachas que debieran toda una noche iluminar el inerte cadáver de su pobre niño; hizo cuanto pudo haber; la faltaron fuerzas; por su imaginación pasó una nube que oscureció su vista, que desvaneció sus sentidos todos; nube que al poco se deshizo en lágrimas, ardientes como la lava de un volcán, amargas como el mismo dolor que las vertía; y bien mirado, quién sabe si dulces, tan dulces como el consuelo que hacen germinar allá dentro de su alma resignada.

Despues, ayudada por sus amigas, lo trasladó de la cunita á la caja, y al dejarlo en ella, la angustia, el dolor,

la desesperacion más espantosa la hizo desvanecer, quedando como muerta sobre el frio cadáver de su pobre niño.

¡Desdichada madre! Al volver de su desmayo, razones ni violencias fueron bastantes para lograr separarla de aquel sér inerte.

Frenética, desesperada, sostenia en sus manos la cabeza del cadáver; sus ojos despedían luces intensas, vivas, profundas; su boca, amargamente contraída, parecía sonreír como los labios de un loco; labios que temblorosos, agitados, llenos de amor, se fueron á fijar sobre los lívidos y helados del niño, y que más tarde, despues de articular desgarradoramente un *¡hijo de mis entrañas!* se separaron de aquéllos, hirvientes, convulsivos. Intensos y agudos ayes se escaparon de su garganta angustiada por la sofocacion más espantosa; á ellos acudió trémulo, sollozante, un hombre. ¡Infeliz! Luchando con el dolor que le producía la vista del niño muerto, con la pena que le acosaba contemplando la justa de aquella desdichada madre, ahogó otros gemidos, otros ayes tan dolorosos y terribles como los de ella, y casi arrastrándola pudo separarla de espectáculo tan horroroso, de martirio tan terrible.

Aquel hombre era el padre, era el esposo; no tenía de-



—Hambre de cesante
Tengo, porque en este instante...
¡Vamos! ¡me la comería!

recho para llorar, sólo sí, como dotado de corazón más rudo, ménos sensible, mitigar la afliccion de la esposa, ántes madre, y pedir á su mente, á su boca, á sus ojos, pensamientos, palabras, miradas de consuelo, que tanto ó más eran necesarias á su contristado corazón.

Repetíase á la mañana siguiente la misma desgarradora escena.

Al fin se pudo lograr que ambos abandonaran aquella estancia, pasando á otra bastante lejana en donde les fué preciso escuchar la conversacion de amigos y conocidos, entre los que quizás hubiera alguno gozoso de tanto mal.

Ella parecía sumida en un letárgico sopor.

Él suspiraba á veces, y otras miraba á su esposa con tristeza y compasion.

Despues se dejó oír un confuso ruido de voces, de pisadas acompasadas; el abrirse de una puerta, el chocar de los muebles. Él, pálido, desencajado, se puso en pié; ella, lívida, vacilante, se incorporó; unos segundos silenciosos, terribles, desesperados, tras los que dos gritos se dejaron oír á un tiempo mismo.

—¡Quiero verlo; mi hijo! ¡Que se lleven á mi hijo!— exclamaba ella.

—¡Cálmate, por Dios!— decía él, — conteniendo apenas sus lágrimas.

Y abrazarónse mudos, en ocasion de que los que la escena presenciaban ocultaban sus acongojados rostros entre los pañuelos.

¡Pobres padres!

Pero felices los que se identifican en uno sólo; lo mismo para las penas que para las alegrías.

Aquel niño muerto une aún más los lazos en que los aprisionó el sagrado vínculo matrimonial. ¡Oh! ¡vivo, hubiera formado una felicidad tan exagerada que parecería una mentira en el mundo!

†

Nada más espantoso y horrible que la miseria.
Vedlo si no.

†

Apénas cuentan veintidos años y ya se dibujan en su espaciosa frente esas arrugas que acusan el sufrimiento. Sus ojos son hermosos, negros, grandes y rasgados; parecen formados para engendrar lágrimas. Su diminuta y bien delicada boca acentúa la pena con esa expresion característica que el artista más consumado no podría imitar. Vivos son los colores que animan sus mejillas, hasta las que llegan los enredados cabellos que adornan su pequeña cabeza; sobre aquellas manchas color rosa, se notan unas líneas prominentes, que parecen escapar de la faz; luégo se deja ver un cuello corto y bien trazado en el que á cada movimiento se marcan los músculos todos que lo forman; un pecho medio desnudo, dejando ver su huesosa armadura, y un talle esbelto y diminuto aprisionado en unos harapos bajo los que se oculta el resto de aquel ser humano!

Es una mujer. Está sentada en el suelo y sobre sus rodillas sostiene á un niño envuelto en un manton agujereado y mugriento. Sólo se deja ver la cabeza del niño, y da lástima su exagerada raquitis. Los ojos hundidos como sus mejillas lívidas y desencajadas; entornada la boca, por la que escapa una respiracion anhelante, estertorosa, parece un cadáver sin serlo; aquella pequeña criatura tiene más de muerto que otras en el fondo de una caja.

La habitacion es pequeña, reducida, insuficiente ni aún para aquel recogido grupo. Está abohardillada y tiene una puerta como único medio de ventilacion. En cuanto á los muebles, una pequeña mesa sobre la que metida en la boca de una botella, arde una vela de sebo, y un cántaro de agua, los constituyen.

Miéntras reparábamnos en tan desconsolador cuadro, la respiracion del niño se ha hecho ménos frecuente, pero más hípota, más asfixiante.

Ha abierto los ojos; se ha estremecido dos ó tres veces en horribles sacudidas; sus labios se han contraído hácia uno de los lados, dando á su rostro una expresion horrorosa, luégo... nada, nada absolutamente.

A este tiempo un hombre ha penetrado en la habitacion.

Tras él viene otro.

El primero apenas cubre su desnudez con unos mal conservados andrajos.

El segundo viste decentemente.

—Señor, — dice el primero, — por piedad; calme Vd. á mi hijo.

—¡Oh, sí! ¡por piedad!— exclama la mujer, — incorporándose con trabajo, y presentándole al hijo de sus entrañas.

Despues:

—Ya es tarde; está muerto, — dice el interpelado con tranquilo y seguro acento, — y dos gritos desgarradores contestan su terrible frase.

—¡Ha muerto de hambre!... ¡pobre hijo mío!... ¡Qué mal hice en no llevarlo á la Inclusa!... ¡Las pobres no tenemos ni el derecho de criar á nuestros hijos!... ¡hijo de mi corazón!

(Se continuará.)

LOS EMPLEADOS.

I.

EL ESCRIBIENTE.

SONETO.

Tener un sueldo que le da el Estado;
Estar pecho á una mesa noche y dia;
Sufrir las crisis lleno de agonía,
Y pasarse la vida enchiquerado.

Tener cuatro chiquillos á su lado,
Que sufrir ya no puede ni su tia;
Y obedecer, fingiendo hasta alegría,
A cualquier oficial improvisado.

Destrozar y manchar toda la ropa
Con el roce y el polvo; llevar tinta
Hasta en la lengua; trabajar contento,
Y no comer más que garbanzo y sopa.

¡Esta es la situacion clara y sucinta
De uno de cuatro con igual descuento!

BOSTEZOS.

Es digno de aplauso el celo é inteligencia desplegado por el Sr. Jefe de la Administracion económica de Madrid, D. Antonio Laá. La recaudacion del mes de Mayo

último ha ascendido á cerca de nueve millones de pesetas, excediendo en un millon, comparada con la de igual mes del año anterior.

Y esto no quiere decir
Que al hacer de ello mencion,
Lo haga yo con la intencion
De un destino conseguir;
Sólo le quiero pedir
Proteccion.

Que quien pudo recaudar
Cerca de nueve millones,
Bien podrá, sin dilaciones,
Al pobre CESANTE dar
¡Claro está! de suscripciones
¡la mar!

Está próxima á agotarse la primera edicion del interesante libro *El Niño*, debido á la correcta pluma del joven y conocido escritor médico Dr. D. Manuel de Tolosa y Latour. La obra es harto conocida para encomiarla, por lo que nos contentamos con dar la noticia.

Un alcalde de monterilla, instruyendo las primeras diligencias de un proceso en averiguacion de un borrico robado por los gitanos, tropezaba con el inconveniente de no hallar en su cabeza el medio de roturarlo bien. Para salir de este embarazo, preguntó al secretario:

—¿Qué has puesto en la primera hoja de esos papeles?
—He puesto—contestó el interpelado—*«Expediente para un borrico.»*

—Eso no está bien.

—Pondré *«Expediente sobre un borrico.»*

—Aún eso es peor.

—Diga Vd. su parecer—dijo el secretario.

—Dame acá, que yo lo arreglaré mejor.

Y cogiendo el expediente, puso en letras muy gordas:
—*«Expediente por un borrico.»*

Un caballero, á quien declararon cesante en un arreglo, hablaba con calor en el café la noche siguiente, diciendo, entre otras cosas, que su cesantia habia de costar la vida á más de mil personas.

Un agente de policia que lo oyó dió parte al cabo, éste al celador, el celador al inspector, y así sucesivamente, hasta que llegó á oídos del gobernador, que mandó en el acto prender á aquel hombre y llevarlo á su presencia.

—¿Es cierto—dijo el gobernador—que Vd. ha dicho?...

—Sí, señor, he dicho eso y lo cumpliré.

—¿Y cree Vd. que se le permitirá?

—¿Y por qué no, si por las muertes que yo haga no me puede perseguir la justicia?

—¡Ah! ¿Conque Vd. puede matar á los demas y pasearse despues por la calle tan fresco como si tal cosa?

—Por supuesto; como que soy médico, quiero ejercer la profesion, y creo que Dios nos dará buena cosecha de enfermos.

COLMOS.

De los hombres simpáticos.—El habilitado.

Del placer.—La voz ¡la hora!

De un aspirante.—El sueldo del portero mayor.

De un cesante.—Serlo otra vez.

De un ministro.—No saber qué es crisis.

De un subsecretario.—Tener una todos los dias.

De un secretario particular.—No escribir una carta.

De los abusos.—El descuento.

De un pasico.—La colmena.

De la desesperacion.—El via ducto.

De la mala sombra.—Escribir colmos siendo hombre de talento.

De un empleado.—El de las desdichas.

El peor de todos.—Cualquiera de los anteriores.

El más pequeño.—El colmillito.

Medio colmo.—La col.

El de la tontería.—Hacer colmos.

CHARADA.

*Un todo, prima dos tres,
tercera otro en un cambio,
y al mes el otro le quita;
un clavo saca otro clavo.*

(La solucion en el próximo número.)

MADRID: 1880.

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS,

Caños, 4.

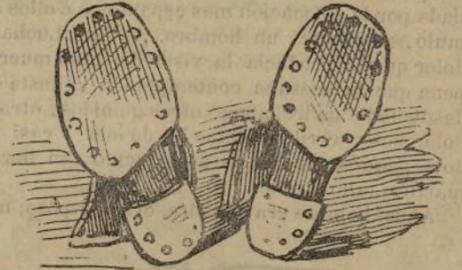
EXPOSICION DE FLORES, AVES Y PLANTAS.



Dignas son de distinciones
Las flores que se han expuesto:
Todas las Exposiciones
Juntas, de veinte naciones,
No valen lo que este tiesto.



Ave tan extraña y rara
Que no dudo se merezca
Un premio; es nocturna, y para
Poderla mirar la cara
Hay que esperar que anochezca.



Me chocó en la Exposicion
Este ejemplar por lo raro;
De tallo sin agujijon,
Aunque tiene un pisoton
Que puede costar muy caro.

SECCION DE ANUNCIOS.

Estos anuncios son los únicos que lee el que no lea otro periódico que EL CESANTE, por lo que tienen la inmensa ventaja que no tienen los que no se pongan en este periódico.

EL FIGARO

PELUQUERÍA.

10 y 12—Peligros—10 y 12.

Al Figaro ayer me fui,
Y fué tal mi admiracion,
Que casi envidié á Gascon
Y a Rubio al decirme así:
—Dispéñeme usted; no puedo
Hablar ahora á usted—no es bola—
Ya ve usted; ¡llega la cola
Hasta el puente de Toledo!

CHOCOLATES DE MATÍAS LOPEZ

Puerta del sol, 13, y Montera, 2.

Quien sólo una vez los cate
(Sucede todos los días),
Seguro estoy, dice:—¡Tate!
No tomo otro chocolate
Que el de Lopez (Don Matías).

CÁRLOS PRAST.

S—Arenal—S.

Para un buen dulce ó bizcocho
No tiene en España igual
Cárls Prast, Arenal ocho:
(No olvidarse, ocho Arenal).

ALMACEN DE PAPEL.

17—Arenal—17.

Sin que de mentira peque,
Palomeque—don Manuel—
Un almacen de papel
Tiene, cual de Palomeque.
Con *La Minerva*, *El Progreso*,
Máquinas para impresiones
Que las hacen á millones
En ménos que se da un beso.

CONFITERÍA DE ROLDAN.

35—Carretas—35.

Roldan no tiene otro afan
Que probar de día en día
Que no hay ya confitería
Igual que la de Roldan.
Cajas, caprichos y flores
Se venden con tal ahinco,
Que... Carretas, treinta y cinco,
Ir y lo vereis, señores.

LA ILUSTRACION DE LOS VINOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION
D. JOSE NOVI Y PEREDA.
DIRIGIDA Y PUBLICADA POR

INSTRUCCION de MORALIDAD Y RECREO.

FUENCARRAL. 3 PRAL. MADRID.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Por 3 meses en Madrid—6 pesetas.
Id. id. en Provincias—7 50 c.
Extranjero y Ultramar—Semestre 5 pesetas en oro.
Numero suelto 1 peseta 50 cent.

PAPO ADELANTADO

MORENO Y ROJAS

IMPRENTA.

4—Caños—4.

Cualquier impreso que cojas,
Aunque esté de gracia lleno.
¡Vamos! no puede ser bueno
Si no lo ha impreso M. y Rojas.

CAFÉ CON LECHE.

Quien en café leche eche,
Se merecerá una riña
Si no se llega á *La Viña*
Y compra *Café con leche*.
Porque según lleva trazas
Muy pronto se va á agotar.
(De paso puede comprar
Cabezas y Calabazas).

LA ISLA DE CUBA.

Puebla, 19, ó Montera, 35 (junto al pasaje de Murga).

Quien por la calle de la Montera
De arriba baje, de abajo suba,
Que lo haga siempre por nuestra acera
Y que se pare en *La Isla de Cuba*.

SINGER

MÁQUINAS DE COSER.

35—Carretas—35.

Las máquinas de coser
De *Singer*, son tan baratas,
Que cuestan más las patatas,
Lo cual todos podeis ver:
Pues de patatas se van,
Por lo poco, al mes cien reales,
Y sólo ¡diez! semanales
Por mis máquinas se dan.

ZAPATERÍA DE YEVENES.

36—Calle de Leganitos—36.

Quien tenga las botas rotas,
O sin botas ni zapatos
Esté, yo los doy baratos,
Y baratas si son botas.
Debiendo tener en cuenta
Que es tanto y tal el surtido,
Que en un día yo me vendido
Lo que vendí de la venta.
Cualquier día esto lo veis
—Que yo no sé exagerar—
Si aquí os venís á calzar,
Leganitos treinta y seis.